

Del Juan Carlos Orihuela:

Poemas que hacen horas, que hacen mundo

Ante el frío hay un hombre que no tiene rastro en la tierra, porque es recuerdo de oído. La voz poética es eso, un canto extraído de un hueso que pertenece a *El frío*, “su aliado más remoto/ su amante más antiguo”. Lo he visto, y ha sido visión inaudita, perder el límite del cuerpo y tornarse en canto que asciende y asciende y asciende para creer en el ala y hacernos un pájaro inconcluso donde vibra el amor... Ésa es la caída. Y como la caída de tu canto no marca el cuerpo, “Así queda inaugurado/ tu vital itinerario/ ala pasajera/ vuelo al que no acceden/ mis pupilas.”

A este canto, primero, se le caen los huesos y hay *Rumor de huesos*. Éstos se amontonan en los rincones y parece que la voz se cae en un hoyo, en un agujero de la tierra, ese que nos recuerda a nuestra ciudad. Cuando a la voz se le desborda el cuerpo, no queda más que extrañar al hueso, como a la amada que nos sostiene ante nuestros vacíos. Ante la ausencia de lo que nos sostiene, basta declararse desparramado: “Y entiendo que hay/ pedazos míos en todo lo que toco/ aprieto con cariño el hueso al cuerpo/ y decidoirme ya/ lejos/ de una vez/ todo vapor/ todo subterfugio.” Entonces el canto se entrega al horizonte.

Después, la voz se encuentra con alguien en los *Febres*. No es el tiempo lo importante, no son los 28 días y sus horas indefinidas, sino el límite. “Sólo el borde cuenta” y, cuando eso sucede, no él, su cuerpo te recuerda. Y parece que el canto se detuviera y que por fin el cuerpo gobernase, que ahora hay una figurita ante la mirada que espera ver, o el oído que anhela silenciarse. Pero no... el cuerpo no es un límite, es tan sólo una forma para disfrutar de los banquetes. Al cuerpo se lo puede pasar como si nada y dejarlo: “No te aflijas sapa/ en tu aliento de noche/ mi cuerpo no será el final del charco.” Así continúa “en el oído el sigilo del alma/ de todas las mañanas.”

Entonces, la voz reconoce *Los cuerpos del cuerpo*. ¿Qué contiene el cuerpo, qué reconoce? Dice y cuenta y canta pasiones cíclicas. El cuerpo arrastra las voces de otros cuerpos; como tatuaje mutuo, se busca en las aves y las fieras. Y aunque se registra como una huella ante la mirada, no permanece. El cuerpo es el aliado de la muerte; aunque sea horas y músculos, el cuerpo proclama el orificio como final. Y ahí, sólo se aferra al eco que canta una existencia: “Los cuerpos son amplitudes sonoras que migran/ y se

confunden en las mareas/ las estaciones y los ciclos solares./ Nada detiene su convergencia en umbrales/ expuestos/ donde el tacto se hace impío/ donde no se espera nada.”

Sin esperar, la voz se cuestiona sobre el *Oficio del tiempo*. “No se repiten los días”, dice. Entonces los recuerdos son más válidos que nunca, porque gracias a la memoria se abren los ojos y los sentidos. Los días son visiones de parajes, de pasajes, pero sobre todo de retornos. Para el retorno se preparan lienzos y cerbatanas y... la muerte. La muerte no es el final del día, sino el día mismo: “Con este cadáver me iré a pasar/ por el humo de las fiestas/ y cruzaré los parques empujando mi calavera/ con un palito.” Y aunque la muerte sea el inicio de otro inicio, hay alguien que retorna: “Tú vendrás de las saetas y los hilos/ cruzarás conmigo el puente/ y nos repetiremos en vasijas de inicio/ hasta que un fragmento sin origen/ nos despoje de toda sombra.” Y así, fácilmente la voz se declara intemporal.

Y cuando la voz se sabe continua, canta un *Poemario de Sensaciones*. Y se piensa en el fragmento como la única existencia que eres tú, que soy yo. Se piensa en la soledad y la mutilación como sensaciones inmanentes que nos hacen pedazos que se pueden reconocer. Luego, se marcha y se canta solo, pero acompañado de sombras de las cosas que permanecen en la vigilia del reconocimiento. Se marcha solo, pero se siente que “Alguien estará velando mi paso/ y susurrará a mi lado sin mirarme siquiera/ y me dirá algo lejano e inaudible/ como salido de la espuma.” Queda pensar que ese alguien, tú, será pronto residuo de costado.

Así aparecen los *Fragmentos nómadas* que cantan el paso del peregrino, repartido en el mundo grande. El tránsito de tierra no es menos fugaz que un rostro en el agua. El paso por las estaciones de las cosas, la ciudad y el nombre es simultáneamente silencio de origen y relato de cuerpo suyo, no tuyo. ¿Cómo se habría de cantar un tránsito propio, sin arrancarse los ojos,

la lengua, la vida? El canto aquí se busca a sí mismo y se encuentra en el otro: “Fue en tu voz donde nació mi cuerpo/ la temperatura de las estaciones/ la vacilación de mis insectos”. Más aun, el canto sabe que aunque el origen esté en el otro, todo ese sonido que hace presencia no es más que un intento que entenderse, entenderte, entendernos. Mas los intentos son eso, recoger nuestra existencia en las manos para cobijarla aunque todo se caiga: “Fue también en tu boca extensa/ donde se inmolaron los sonidos/ con que intenté recoger/ las piedras frescas de tus días.”

Buscarte en el otro no es cosa fácil, imagino. Por eso el canto, primero, traza el sonido de tu nacimiento y halla agua y laberinto y piedra silvestre. Hasta que “Un filamento/ semejante al que siempre te sostuvo/ vino a romper la columna de tus trenzas/ y se llevó los sonidos que envolvían/ la guarida esencial de tus palabras.” ¿Qué hacer entonces cuando no germinan los sonidos? Atravesar las laderas buscando residuos, atravesar los hilos, el óleo, los senderos, la memoria hasta escuchar cómo te haces tierra, cómo te devuelves al mundo: “Como brizna de hierba/ como hierba de brizna./ En esta tarde tan fresca/ me siento brizna yo misma”. Sólo entonces, la voz toca su tierra y te toca a ti. Se comprende que eras hebra de tejido y se te canta por primera vez sin invocar tu sonido. En el canto estás tú, pero el canto no eres tú. Así, es el yo poético el que subsiste ante la ausencia de lo que fue un cuerpo de carcajada, que extendía sus raíces hasta los pies para sostenerlos. Al final, la voz canta tu descanso y, pienso, entona el inicio de otro tránsito que no es retorno, sino reencuentro: “Más temprano que tarde/ novia herida/ te volveré a encontrar/ velando las cicatrices del bisonte mítico/ que cruzó tus sueños/ y lamió tus manos antes de conocerlas.” Al final, es inevitable evocar a la ausente, el tú de este último escrito, la tejedora que hace mundos de hilos, de trazos de lápiz y se va.

Montserrat Fernández